

LA CRISIS DE LOS PARTIDOS POLITICOS

Enrique Gutiérrez Diermissen

ENRIQUE GUTIERREZ DIERMISSEN

Politólogo. Profesor-investigador de la Unidad Coordinadora de Investigación y Documentación de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional, Costa Rica.

LA CRISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

L El ahondar el tema de la crisis de los partidos políticos no es simple, pues son múltiples las causas que la provocan y sobre todo porque la crisis que se refiere a los partidos y al sistema de partidos, por estar directamente relacionada con la crisis más general del mundo capitalista y por supuesto a aquella de la gobernabilidad del estado, se le ha prestado una atención limitada y son escasos los estudios que se refieren al tema.

Es necesario explicitar que no se le debe dar a la palabra crisis una interpretación que vaya en el sentido de la catástrofe o del ocaso del partido o del sistema de partidos, todo lo contrario, es tomar conciencia de que se están dando procesos de mutación —irreversiblemente en acción— y que sobre éstos será necesario intervenir para introducir el mayor número de elementos (producto de análisis profundos, discusiones y críticas) que podrán ser vitales para la preservación de la democracia y para el reacomodo de las correlaciones de fuerzas que están apareciendo con la evolución y transformación del sistema, que por un lado ha hecho más compleja la

estructura social y por otro modifica la relación partido-estado-sociedad.

Se hace notar también, que lo que se plantea en este escrito sobre la crisis del partido político no es nada más que apuntes o anotaciones que sirvan para comprender parte del fenómeno y no el tratamiento de la crisis en todos sus aspectos, siendo la finalidad poner la crisis en un plano más visible, con lo cual se pueda iniciar una discusión tanto académica como política.

En un escrito anterior ¹ planteaba que en la literatura política nacional, el discurso político y periodístico, no han habido grandes esfuerzos por contestarse ¿qué es un partido político? Y afirmaba que su misma conformación era más una respuesta a la aprendida cultura política foránea, que como evolución propia del quehacer político. Por ello, el partido político no ha dejado de ser, para las mayorías, sino una determinada estructura que permite reducir la problemática específica del partido a aquella general de la escogencia electoral y en este sentido es más difícil el tratamiento

del tema de la crisis, dado que ésta señalaría casi exclusivamente los problemas organizativos electorales y no la crisis del partido como objeto de análisis.

Sin embargo, hacía notar que persiste en las actitudes, acciones y desarrollo de la vida política, el substrato de partido político como un algo más: de parte social que percibe todos los problemas de coordinación y gestión del universo social en el cual actúan. Apoyándose en ese algo más no solo se puede (como intenté) dar una visión más completa del partido político, sino que permite ver cómo en su complejidad y quehacer, se presentan los elementos de la crisis a comentar.

En el intento por teorizar sobre ese tema se pudo hacer una primera clasificación analítica de los partidos, proponiendo que los anteriores a la consolidación de la participación popular plena y a la organización obrera-campesina-intelectuales (como bloque histórico) eran simples grupos de asociacionismo de intereses particulares, en torno a una élite que dirigía desde el punto

de vista cultural, la ideología general (en nuestro caso la liberal), de la cual estos partidos eran parte o subcultura y, que su importancia estaba dada porque su presencia y su quehacer habían modificado la realidad circundante e influido en la determinación de los principios económicos, sociales y culturales de la sociedad. Cambios que darán vida a nuevas conclusiones de fuerzas y por lo tanto al nacimiento de partidos políticos modernos.

Lo que se puede denominar como partido político moderno, según ese primer análisis y sobre el cual recaerán estos apuntes sobre la crisis, aparece embrionariamente con el Partido Socialista (1919) de efímera vida; con la transformación de la Confederación General de Trabajadores en Partido Reformista (1923) y con la organización del Partido Comunista en los años inmediatos siguientes. Con ellos se presentarán los primeros síntomas de cambio entre asociacionismo de intereses particulares por los de integración social ² y se cumplan dos requisitos fundamentales del partido moderno: maquinaria organizativa

a nivel nacional y un programa político sancionado en un documento escrito. Como es notorio, estos cambios se dan en una etapa que va a caracterizarse por una crisis económica marcada por el declive del poder económico y político del grupo hegemónico y el surgimiento de nuevos sectores sociales y fuerzas políticas que toman conciencia de su importancia y necesidad de participación en el quehacer político (crisis que se refleja en el rompimiento del sistema político expresado en la guerra civil de 1948).

Se podría afirmar, por lo tanto, que es en la década de los años cincuenta cuando, obligados por los cambios externos e internos en las relaciones económicas y sociales, se consolida el período de los partidos políticos modernos en Costa Rica. Aparece así el Partido Liberación Nacional como expresión política de la pequeña burguesía urbana e intelectuales; se mantiene vigente el Partido Comunista (Vanguardia Popular) en su concepción y funcionamiento en pseudoclandestinidad y los grupos liberales representantes de los sectores agro-exportadores y comercial-importadores, si bien mantienen partidos inscritos a nivel nacional como simples estructuras legales, van a sufrir alguna evolución para ajustarse a los cambios en el sistema de partidos, sin superar el predominio de intereses particulares sobre los sociales y dan inicio a una serie de coaliciones y uniones para representar el anti al Partido Liberación Nacional, que desde ese momento

se presenta como grupo político hegemónico.

El desarrollo de estos tres sectores políticos tiene diversos caminos, que van a marcar las características del sistema político con evoluciones particulares y distintas.

Para comprender mejor lo que en el estudio anterior se planteó como desviación de los partidos políticos y que son parte de la crisis actual, será necesario esbozar algunas características del contexto, que a no dudarlo merecerán en otra ocasión un desarrollo más elaborado.

En primer lugar, a partir de lo que se ha llamado el período de los partidos modernos, se va a dar en el sistema un bipartidismo imperfecto (o mejor dicho la distribución bipolar de las preferencias políticas) que se mantiene y refuerza en nuestros días a pesar del pluripartidismo inscrito tanto a nivel nacional como el provincial y cantonal; bipartidismo que va a enfrentar y representar básicamente a los sectores de burguesía que son los únicos con opción al poder: un partido con un trasfondo ideológico "socialdemócrata"³ y el antiliberalismo con pluralidad de partidos que se unen, separan, coalicionan, según intereses y situaciones electorales⁴.

Hago un paréntesis para expresar que el Partido Comunista siguió ejerciendo su papel de partido (aún en forma extralegal) y expresándose políticamente a tra-

vés de la organización sindical hasta 1975, cuando se le devuelve su legalidad con la modificación constitucional de ese año, hecho que no solo coadyuvó a consolidar la aparente dicotomía partidista, sino que al tener que difrazar su participación electoral bajo el nombre del Partido Acción Socialista (PASO), lo mantendrá en una situación de partido subalterno.

Así, en nuestra democracia (liberal, burguesa y occidental) y tomando en cuenta ese comportamiento de distribución bipolar de las preferencias políticas, los partidos con opción a conformar gobierno han sido dicotómicos en el sentido que uno de ellos ha privilegiado más el componente "democracia" o sea la legitimidad (lo que algunos autores llaman progresista o más progresista), mientras que los múltiples partidos liberales que se unen o coaligan han puesto su mira preferentemente en la acumulación, basándose más ortodoxamente en las teorías liberales. Pero ambos, en el nuevo contexto internacional, han tenido regresiones en el sentido que el primero ha abandonado paulatinamente la legitimidad por la acumulación y los segundos han intentado vestir el ropaje, poco apto para ellos, de la democracia de sus intenciones⁵. Por ello, utilizando un supuesto espectro político, se puede ubicar al PLN en un rango que va del centro hasta algunos grados a la izquierda y el antiliberalismo comparte el centrismo político con posiciones que se deslizan a la derecha

(los extremos de esta escala por la izquierda la ocupará el P.C. y otros partidos marxistas y la derecha por movimientos de casi nula presencia política). Posiciones no estables que se modifican en los últimos años produciendo y producidas por su propia evolución y crisis.

El sistema político costarricense está basado y actúa dentro de una concepción de democracia que está ligada íntimamente al significado occidental y que desafortunadamente no se define según criterios de participación e igualdad, sino por la existencia de algunos rasgos formales: elecciones, división de poderes, constitución y reglas acordadas por el discurso político, al mismo tiempo que ha aceptado (resultado distorsionado de la concepción liberal-burguesa) que la participación política (electoral) en una libre concurrencia en un mercado político.

Otra característica, y quizá la más peligrosa de bosquejar en forma sintética, por la distorsión que puede producir su lectura, es que el modelo de estado que se desarrolla en el último treintenio y que ha sido lo suficientemente estable a pesar de la alternancia en el poder y cambios políticos realizados y realizándose, es aquel que resulta de la aplicación sui generis de la teoría keynesiana del welfare state, que da como resultado lo que algunos llaman estado paternalista, asistencial, social o bien estado empresario⁶, y en el cual, debido a la participación más

directa de ese en la vida económica del país y la redistribución del ingreso por medio de los servicios de consumo colectivo, ha complejizado y aumentado el aparato estatal para el cumplimiento de sus nuevas funciones: complejización que a la postre va a dar paso a una crisis de gobernabilidad. Pero en el fondo lo que se ha dado para que perdure ese "modelo" es un "compromiso democrático" de los grupos dominantes con las clases subalternas (movimiento obrero-popular), compromiso que ha sido más o menos estable, aunque siga siendo conflictivo y contradictorio, en una sociedad más compleja y con un poder político más segmentado y difuminado.

Finalmente y como la más negativa de las características, es que en nuestro país el debate político es casi inexistente y me atrevería a asegurar que internamente en los partidos, se sufre de la misma inanición por falta de participación política que comprometa momentos de estudio, con aquella de la actividad práctica de la lucha política.

II. Si bien es cierto que en nuestro ambiente no han faltado relaciones y relatos sobre la crisis de los partidos, en especial de aquellos cuya organización es permanente⁷, éstas no han sido en la mayoría de las veces el resultado de estudios o reflexiones sobre la situación a la cual se enfrentan en su quehacer, o a las modificaciones sufridas, o a los desfases impul-

sados por la cambiante situación que se da entre el partido, el estado y la sociedad. Para ser francos, el aflorar de exposiciones sobre la crisis partidaria está en relación directa, en los períodos de campaña electoral, con la necesidad propagandística de presentarle al elector las debilidades intrínsecas de los contendientes⁸.

Sin embargo, se puede palpar una crisis del partido que se presenta como un desgaste de éstos, los cuales si bien es cierto han adquirido una serie de funciones y poderes, no son del todo capaces de controlar las decisiones verdaderamente importantes, que no solo se les escapan de la Asamblea Legislativa y del Ejecutivo, sino que han venido siendo tomadas por otros organismos (cámaras, sindicatos, etc.), quienes sustituyen al partido en la canalización de intereses y expectativas.

Ahora bien, los problemas que se tienen que afrontar no podrán ser resueltos con llamados moralistas de "más política o menos política", o con el protegerse en lo privado contra lo público, sino que tienen un claro componente de reconstrucción institucional en el sentido que se requiere la creación y la introducción de nuevos mecanismos políticos.

Para poder hablar de crisis, sería necesario individualizar algunos indicadores específicos de esa crisis.

Seguendo a Pasquino⁹, en tres aspectos se

puede dividir la búsqueda de los indicadores de crisis: a) La que corresponde al debilitamiento o transformación del nexo que une a los electores con el partido; b) aquellas que están ligadas a la organización misma del partido en el sentido de adecuada/inadecuada organización; y finalmente (aunque no sean solo éstas), c) los indicadores que permitan descifrar si existe o no una transformación del sistema de partidos, o bien de sus formas de competir, colaborar y, la aparición de nuevos partidos.

Estos elementos pueden servir de guía para plantear, explicándolas, algunas situaciones críticas que presentan los partidos como entes particulares y como conjunto.

¿Hay un declinar, en el curso del tiempo, de la identificación partidaria? Del análisis de los datos electorales se puede notar que ese fenómeno no es raro entre los partidos y que muchos de ellos, especialmente de aquellos que representan los grupos más conservadores de la burguesía y que solamente habrían logrado organizarse como partidos de cuadros de representación de intereses particulares, no han podido mantener sus grupos de electores y han llegado hasta la total desaparición. Tal es el caso de los partidos Nacional Independiente, Demócrata, Renovación Democrática y, en la izquierda, el Frente Popular y la Organización Socialista de los Trabajadores (OST).

En lo que respecta a

aquel con mayor consolidación y que nace en los años cincuenta como alternativa política de la burguesía, los sectores medios y la intelectualidad urbana, ha sufrido por su parte crisis de este tipo por lo menos en una campaña electoral¹⁰ y en otra ocasión de su propio seno se ha conformado un partido nuevo¹¹.

Tampoco son de despreciar los índices de abstencionismo (cerca de 20 0/0), que revelan una cierta insatisfacción del electorado con los partidos, en especial en un país donde se precia de una alta cultura de su población e internalización del proceso democrático de escogencia de sus gobernantes. Se podría pensar que los intereses de los electores no han podido ser articulados o agregados por esos partidos y de allí que su fidelidad no ha pasado de una campaña electoral o bien, porque los partidos con más interés en conformar gobierno que dirigir y cambiar la sociedad en su conjunto, hayan sufrido las mutaciones, hoy claras, de partidos de masa a partidos atrapavotos. Este fenómeno de electoralización del partido a su vez conlleva la transformación en sus programas, que dejan de tener una clara identificación ideológica o de clase, para convertirse en proyectos de tal generalidad e indiferenciación con los otros grupos, que no implican enfrentamiento con los electores sino el recurso a lugares comunes y promesas de solución de los problemas más inmediatos.

Otro fenómeno que

permite visualizar el debilitamiento del ligamen entre el partido y los electores es el de presentarse en las elecciones (para presidentes y diputados) más partidos inscritos para la conformación de la Asamblea Legislativa no solo a nivel nacional sino agregándose partidos a escala provincial y cantonal, lo que refuerza la aparición de opciones políticas para solucionar las demandas de los electores que los partidos no satisfacen totalmente y que demuestra, una vez más, la crisis de representatividad y de fidelidad entre los electores y el partido.

El problema de la adecuada/inadecuada organización del partido puede verse desde varios ángulos, uno de ellos se refiere a la tesis de que no solo el partido de masas actual no representa en sus módulos organizativos y operativos el futuro de los partidos políticos, sino que sobre múltiples puntos de vista ese ha sido superado y puede que no responda con las actuaciones políticas a aquellas deseadas por los inscritos y electores de esos partidos ¹². Tal es en gran medida el caso de los partidos en Costa Rica. Y uno de los motivos es que la estructura organizacional está predeterminada por el Código Electoral (artículos 60 y 61), respondiendo básicamente al simple quehacer electoral y no a otras funciones inherentes de reclutamiento y socialización política. No obstante que se faculte a los partidos para crear organismos propios y muchos de ellos así lo hacen, esa organización pensada con base en la competi-

ción y estructuración de opciones electorales, permite que sea connatural que pasadas las elecciones los partidos entren en un receso funcional. Ello da pie a que no se realicen las funciones propias de un partido moderno y las cúpulas de poder, para mantener su posición hegemónica, dirijan o mal dirijan el quehacer político de los partidos. No hay, por lo tanto (en especial en los partidos burgueses), en estos períodos de "congelamiento" participación democrática interna y con ellos llegan a ser desconocidas las demandas de sus adherentes y no se realizan análisis y discusión sobre la realidad política y social que debería hacerse para coadyuvar al manejo de la cosa pública.

Por otro canto, tal y como se ha hecho ver por políticos y analistas, el modelo, las ideas y los esquemas de funcionamiento no responden a la realidad ¹³.

Estas tensiones, a no dudarlo, se derivan de la interacción de una forma organizativa basada en modelos elaborados en referencia con estadios de desarrollo social y político superados y las nuevas demandas de los electores (un público diver-

so, más instruido, más expuesto a los medios de comunicación de masas y más integrado a la sociedad) al no ser satisfechas ni canalizadas, vienen a darle el sentido que tiene la crisis actual, no solo de esquemas organizativos en desacuerdo con la realidad, sino una falta de identificación del partido con sus electores.

Situaciones que han tenido respuestas y consecuencias diferentes en nuestro país, que ofrece, prescindiendo de los minipartidos que no brindan alternativa atrayente o competitiva, la coexistencia de tres modelos organizativos. Un modelo laxo de partido (Unidad Social-Cristiana, de reciente formación), que pasa de la dispersión a la unidad de partidos con una constitución semejante a partido de cuadros, donde se acepta que las decisiones políticas son el producto de la combinación de las élites dirigentes de las agrupaciones asociadas y basado sobre una diferenciación de corrientes representativas que se manifiestan en la preeminencia de un liderazgo parlamentario. Un modelo marxista de partido de masas de clase con marcado centralismo decisional que viene a ser la

aceptación de una cierta rigidez, verticalidad de mando y burocratismo ¹⁴, y que degenera en coaliciones y separaciones de la izquierda. Y un modelo de partido denominacional de masas (PLN), de corte centrista y pluriclasista (ya que incluye las masas pequeño-burguesas rurales y urbanas y cierta captación de masas proletarias y de la clase obrera) pero básicamente híbrido, ya que por un lado no han logrado dismantelar los residuos de partido de aparato que construyeron en los años cincuenta y además, porque poseyendo una ideología poco definida e indiferenciada, se han encontrado con una fragmentación interna que no solo tiene raíces sociales sino que ideológicas.

Otro elemento que es necesario tomar en cuenta cuando se habla de crisis del partido, es aquel que se refiere a la transformación del sistema de competición entre partidos. La razón es sencilla. El sistema más que la suma de los partidos que lo conforma, adquiere características funcionales y evolutivas que a su vez acentúan o crean crisis y transformación en los partidos. Para presentar, en busca de un



futuro análisis, las eventuales fuentes de cambio del sistema es oportuno partir de una consideración de base: los cambios en la dimensión cualitativa y cuantitativa de los actores señalan la transformación del sistema.

Hay numerosos elementos relativos a la calidad de los actores en el sistema, tales como el ser estructuras que reciben las demandas e intereses, los filtran, las integran y las transforman en políticas; es decir, son los procesadores de decisiones. También son elementos de socialización y reclutamiento político para el partido y para el estado; son lugar de participación política más o menos insidente y son anillos de conjunción entre la sociedad y el estado. Así los partidos en su accionar adquieren diferentes dimensiones para llevar a cabo esos cometidos, dimensiones que logran la diferenciación entre ellos.

Bajo esta perspectiva, un cambio importante en el sistema político costarricense es sin lugar a dudas la disminución de la distancia ideológica que ha separado los partidos con opción al poder, en busca de un respaldo del elector no comprometido. Como dice Kirchheimer¹⁵, buscando atraer el mayor número de

electores posibles, deberá articular sus relaciones con el grupo de interés de manera que no descorazone los electores potenciales que se identifican con otros intereses. Sobre este camino, los partidos de masas se estarían transformando en partidos atrapavotos, oportunistas y sin principios y la política resultaría pura obra de mediación entre intereses para producir votos por ello. Así la radicalidad de los planteamientos, en la polaridad de fuerzas, ha disminuido considerablemente, hasta plantearse casi como un polo progresista y un polo moderado conservador.

Otro cambio que se da en el aspecto cualitativo de los partidos es su disminución del papel de socializadores y reclutadores políticos, en uno de los partidos, al creer que ha cumplido a cabalidad esa función en las pasadas décadas y en el otro porque no ha iniciado ese proceso y ambos por el atrapavotismo, que los impulsan a proponer directrices bastante parecidas y que se sustentan en el hecho de que lo pensado y planteado por el partido es lo bueno para el elector común.

La dinámica del sistema está condicionada también por la cantidad de actores políticos. Muchos son

los partidos que aparecen y desaparecen a nivel nacional en el arco de tiempo que va de 1950 a la fecha, tanto en los sectores de burguesía como en los grupos de izquierda como forma de ampliar las opciones políticas y jugar con la movilidad y desidentificación partidaria. Otro fenómeno colateral es el de encontrar más partidos inscritos para la conformación de la Asamblea Legislativa no solo a nivel nacional sino provincial y cantonal, lo que refuerza una vez más la aparición de opciones políticas para satisfacer la demanda de los electores que los partidos hegemónicos no satisfacen totalmente.

III. Los próximos años constituirán el terreno de desafío a los partidos políticos, pues de acuerdo con las situaciones aquí mencionadas, es de extrañar que el sistema político y sus componentes partidarios no manifiesten síntomas de mayor gravedad.

Revisar los modelos organizativos que respondieron a situaciones socioeconómicas superadas y que hoy se presentan como inadecuadas, es una de las tareas importantes a realizar, así como aquellas que están contenidas en las funciones

esenciales de agregación de intereses, estructuración de alternativas políticas y finalmente del recambio del personal político.

Muchos son los indicadores que sugieren que el proceso de transformación/crisis está caminando: se hace más difícil reclutar nuevos inscritos y mantener los viejos (crisis de reclutamiento); se torna dificultoso mantener la estabilidad política del elector (crisis de identificación) y el electorado está manifestando una fluidez en el pasaje entre partidos y permitiendo la creación de otros (crisis de ubicación); y, finalmente están apareciendo nuevas demandas políticas sobre las cuales los partidos no han sabido dar respuestas adecuadas (crisis de representatividad). En la medida en que éstas se van acumulando y se conjugan con la crisis económica y social que ha hecho aparecer la crisis de gobernabilidad y por ende de la democracia, pueden llevar a un colapso el sistema político.

Queda así abierta una tarea impostergable para los partidos políticos: investigar, analizar y discutir la crisis por la que atraviesa el mundo capitalista, el sistema político y los partidos mismos.

NOTAS

Gutiérrez D., Enrique. "Apuntes sobre el partido político", en *Revista Relaciones Internacionales*, N^{os}. 8-9. 1984.

Según la tipología de Newman, quien subraya que mientras los partidos burgueses se proponían la tarea simple de representar intereses, los partidos de izquierda debían afrontar un doble propósito: al mismo tiempo que representan los intereses de las clases sociales subalternas, integrarlas en el sistema político como actores participantes. Ver *Sociología del partido político, a cura*, di G. Sivini. Bologna. Il Mulino. 1971.

Señalo socialdemócrata entre comillas pues si bien así se autonominan, creo que sería falta de sentido político identificar la social democracia con una gelatinosa poligamia de principios ideológicos que ha tentado expandir y expresar el PLN, o bien, por lo que señala Bedenheimer S. (en "The Social Democratic Ideology in Latin American: the case of Costa Rica's Partido Liberación Nacional", en *Caribbean Studies*, vol. 10, N^o 3), "de ideología ecléctica producto del liberalismo, del socialismo no científico y de las tradiciones social-cristianas; del primero conserva la mentalidad espíritu y su estilo con una cierta influencia de la teoría keynesiana y un cierto acercamiento a la concepción del estado benefactor".

Para la fecha (1985) algunos dirigentes de estos grupos han logrado la configuración de un posible partido permanente (Unidad Social Cristiana)

cuya estructura y desarrollo habría que tener presente para un análisis futuro.

5. Ver Wolfe, A. *Los límites de la legitimidad*. Siglo XXI editores. Méjico. 1980.
6. Para una mejor comprensión de esta temática, véase Gutiérrez, N., "Notas sobre la evolución del estado costarricense", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, enero-abril, 1981; Vega, M., *Codessa y la Fracción Industrial*, ed., Hoy, 1982; Alvarado et al., *De los empresarios políticos a los políticos-empresarios*, UNA, 1981 y *Los desencantos de la burguesía transnacionalista*, UNA, 1983; Sojo A., *Estado empresario y luchas políticas en Costa Rica*, EDUCA, 1984 y *Morfología de la política estatal en Costa Rica y Crisis económica*, IICE, UCR, N^o 73, 1984 (mimeo); Rivera, E., "El FMI y Costa Rica 1976-1982", en *Política económica y crisis*, DEI, San José, 1982.
7. El pluripartidismo que conforma la otra opción al poder político (en Costa Rica), no se ha visto afectado en mayor grado por no ser visto como un partido político, sino por cuestiones de tipo organizacional y discrepancia internas por posiciones electivas.
8. Por el contrario en la literatura europea y norteamericana, a partir de los años setenta, han proliferado una serie de estudios y discusiones sobre la crisis general por la que atraviesa el sistema político y las particulares que se refieren al papel del partido político en ese contexto.
9. Pasquino, G. *Crisi del partito e governabilità*. Il Mulino. Bologna. 1980.
10. Ver Tribunal Supremo de Elecciones. *Elecciones en cifras*. San José. 1979.
11. Se trata del Partido Renovación Democrática que se conforma en la crisis para la elección del candidato por el Partido Liberación Nacional para 1970.
12. Pasquino. *Op. cit.*
13. Oduber, D. "Las etapas del cambio en nuestra estructura política y social", en *Los problemas socio-políticos del desarrollo en Costa Rica*, Cátedra Libre. UCID. Facultad de Ciencias Sociales. EUNED. 1981.
14. Ver Mora V., E. *Autocrítica y perspectiva revolucionaria en la constitución del partido*. XIV congreso. Febrero. 1984 (fotocopia).
15. Kirchheimer. "La trasformazione dei sistemi partitici dell' Europa Occidentale", in *Sociología del partito politico*, de G. Sivini. Il Mulino. Bologna. 1971. Kirchheimer toma en cuenta no solo la relación partido-elector sino la transformación en los programas de los partidos y las mutaciones en la distribución del poder al interior de ellos, en particular un decaimiento en la cuestión democrática y la centralidad de las decisiones al vértice.